

Fué una escena breve, silenciosa, elocuente. Una de esas escenas que se miran todos los días, despreciativamente, sin verlas, sin tomarlas en cuenta, sin querer comprenderlas; son tan miserables! Kaiser daba esta mañana su paseo cotidiano y tomaba su poco de sol. Ya cerca de las nueve el cansancio le obligó á echarse por tierra; por fortuna llegaba en aquel momento al extremo de la calle, junto á un higuerón que á esa hora riega sombra en el camino.

La coincidencia juntó á Kaiser con otro viejo también desmedrado y achacoso, que iba á descansar á su vez. Al cabo, los dos se incorporan, se miran obstinadamente, les parece haberse conocido en alguna parte, no recuerdan dónde. Kaiser blande la cola en todas direcciones, su mirada rutila alegre, revive un instante y se acerca al otro recién llegado. Eh, Kaiser, tú aquí? Ambos tienden la mirada hacia el pasado y el recuerdo fulgura: ah, sí, fué allá en la fábrica de cervezas, hace ya tantos años! Kaiser hacía entonces, durante las noches, de avizor insustituible en la bodega; el otro era peón

inmejorable de la fábrica; los dos eran alegres, vigorosos y buenos camaradas, y ahora, ¡vaya una traza! Maldita fábrica, robarles todas sus energías, aprovecharse de todo su vigor y después, después despedirlos bonitamente, echándolos á la calle como á caballos viejos é inútiles. De seguro que ni el recuerdo existía ahora en la fábrica; brazos nuevos seguirían reemplazando á los herrumbrados ya por el trabajo aniquilador, y otro perro, también joven, ocuparía el puesto de avisor nocturno en la bodega.

La escena terminó bien pronto: el viejo mendigo tomó de su alforja algunos pedazos de pan de los recogidos durante aquella mañana y los dejó al alcance de Kaiser; luego se depidió de su antiguo camarada acariciándole en el lomo y en la cabeza; el perro movía la cola en todas direcciones...

Que el cuento resulta hasta vulgar? Claro está, como que la escena es de esas que se miran todos los días, sin tomarlas en cuenta, sin querer comprenderlas, despreciativamente.

RUBÉN COTO

CRÓNICAS SOCIALES

Epílogos

Ecos del Carnaval

Atados á la noria del trabajo, miramos desfilan por nuestro frente en los días de las fiestas el regocijo popular.

La alegría del alcohol, delirante, salvaje y venenosa, puso en cada garganta masculina el lenguaje del lobo y en cada corazón el instinto del tigre. Aullidos y agresiones; he allí los dos reflejos clásicos del alborozo popular.

Podrá darse un caso de pueblo más melancólicamente desgraciado?

Desde nuestro punto de observación, —ya se ve que alejado del torneo en que las altas clases sociales realizaban su gozo entre los límites de la escasa cultura que han sabido darse, —las

más varias y extrañas consideraciones fueron descendiendo sobre las cabezas de los transeuntes en jolgorio.

En primer lugar, un mentís rotundo como una bofetada cayó sobre la creencia general de que la crisis económica nos abrumba. Ni uno solo de los diez mil cuerpos que pudo rozar nuestra mirada, dejó de ostentar alguna prenda nueva. Y cuán pocos ¡ay! de los rostros de esos cuerpos, no tenían trazas de crápula y contracciones de ventura artificiosa! El confeti rodó á torrentes en los paseos; las sedas y las plumas valiosísimas, entumecían sus galas bajo la irrigación de aguas, —no todas limpias ni bien olientes—con que provocaba su contento la cultura